

PIERS PAUL READ

*Muerte de un Papa*



EL MEJOR «NOVELISTA CATÓLICO» DESDE GRAHAM GREENE



# Muerte de un Papa

COLECCIÓN  
LITERADURA

Piers Paul Read

# Muerte de un Papa

Traducción de Enrique Quijano  
Postfacio de Sergio Cuesta Francisco



Primera edición: marzo de 2013

Título original: *The Death of a Pope* (2009)

© Piers Paul Read, 2009

© Ignatius Press, San Francisco, 2009

© de la traducción: Enrique Quijano, 2013

© del postfacio: Sergio Cuesta Francisco, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2013

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-940906-4-6

Dep. Legal: M-8292-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Vatican by Night*, © Alfonso Maseda Varela, 2013

Impresión y producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

*Muerte de un Papa* es un thriller religioso-teológico, escrito por un narrador de primer orden cuya indiscutible ortodoxia es tan innovadora como poco común entre las desordenadas filas de los novelistas contemporáneos.

(Joseph Pearce, autor de *The Quest for Shakespeare*)

Ha sabido combinar el puro poder de la narración con gran sabiduría y gran conocimiento del funcionamiento interno de la Iglesia para crear una novela de primera categoría. Si John Le Carré abordara la política del Vaticano, su obra de suspense podría llegar a ser muy parecida a ésta...

(Ron Hansen, autor de *Exiles*)

Si le gusta la Iglesia católica, probablemente le encantará este libro, le gusten o no las buenas historias. Si le gustan las buenas historias, probablemente le encantará este libro, le guste o no la Iglesia católica. Pero si le gusta tanto la Iglesia como las buenas historias, seguro que le encantará este libro.

(Peter Kreeft, autor de *Because God is Real*)

Una alternativa a *Ángeles y demonios*. *Muerte de un Papa* se asemeja a *Ángeles y demonios*, de Dan Brown: también aquí se habla de una conspiración, de armas de destrucción masiva, hay romance y viajes alrededor del mundo, y hasta un cónclave para elegir a un nuevo Papa. Pero las similitudes no acaban aquí; el libro se lee de un tirón, como el de Dan Brown, pero, ay, la calidad literaria de Piers Paul Read se sitúa en otra categoría infinitamente superior...

(Michael Potemra en *The National Review*)

En *Muerte de un Papa*, el versátil Piers Paul Read, que se ha distinguido en varios géneros, vuelve a lo que se puede llamar el «thriller vaticano». En un thriller se intenta evitar que se cometa un crimen. Cuando se trata de un acto terrorista contra el Vaticano, el drama está garantizado, y Read, que escribe en presente, pero con múltiples puntos de vista, nos transporta de personaje en personaje, de ciudad en ciudad, de continente en continente, convergiendo todo en el Vaticano durante el cónclave tras la muerte del Papa Juan Pablo II. Decir más sería robarle su placer al lector. Un gran libro en todos los sentidos.

(Ralph McInerney, autor de *Father Dowling Mysteries*)

Si hubiera alguna justicia en la República de las Letras, Piers Paul Read se codearía con los Amis, Barnes, Rushdie y el resto de la casta dominante en la novelística británica contemporánea. Read es admirable, pero en ciertos aspectos también discordante en el sentido de que está dispuesto a dar pábulo a los malos de la película en algunos de sus mejores párrafos, si bien siempre ostenta una moralidad muy sólida y en tensión; pero es demasiado sutil para hacer que sus personajes sean meras personificaciones del bien y del mal. Hay complejidad en ellos, confusión, una paradoja persistente llena de buenas intenciones pero conducente a monstruosos actos malvados. Es imposible, al acabar *Muerte de un Papa*, sentirse cómodamente satisfecho con el mundo que se nos muestra, y mucho me temo que eso es justamente lo que pretende el autor...

(Michael Coren, autor de *The Afterword*)



# Muerte de un Papa



*El cristianismo no tenía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco, que, abocado al fracaso, libró una lucha que condujo a grandes derramamientos de sangre. Jesús no era Espartaco, no combatía por la liberación política...*

PAPA BENEDICTO XVI, *Spe salvi*

*Nadie se atreve a hablar... de las normas totalmente desfasadas y medievales para elegir a un Papa. Es sobre todo aquí donde sigue vigente el sistema romano. El único criterio del Papa al seleccionar a aquellos que elegirán a su sucesor es el de su preferencia personal; con razón llama a los obispos «hijos» y no «hermanos» cuando se dirige a ellos, ya que ha sido él su único y exclusivo creador. Se les llama pues, oficialmente, «criaturas del Papa», y serán ellos quienes elegirán al siguiente Papa, de entre sus propias filas, por supuesto...*

HANS KÜNG, *Verdad controvertida*

*El Papa mata a millones de personas al propagar el sida de forma tan irresponsable.*

POLLY TOYNBEE, *The Guardian*,  
6 de septiembre de 2002



## NOTA DEL AUTOR

Esta historia transcurre con un telón de fondo constituido de hechos acaecidos en la realidad,<sup>1</sup> y crea personajes de ficción en el seno de instituciones que existen, como la Audiencia Penal Central de Londres (Old Bailey), el Servicio de Seguridad Británico (MI5), el Servicio Secreto de Inteligencia Británico (MI6) y el servicio de seguridad italiano, Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Militare (SISMI), reorganizado en 2007 con el nombre de Agenzia Informazioni e Sicurezza Esterna (AISE). Pero la agencia católica de ayuda al necesitado «Misericordia International» y la Congregación Vaticana para la Cultura Católica son fruto de mi imaginación, como lo es también la descripción que hago de cómo armar un artefacto explosivo que sirve para propagar gas venenoso.

---

1. Es preciso señalar que, a pesar de que se inspiran en la realidad, ciertos acontecimientos históricos narrados o indicaciones topográficas se adaptan a las necesidades de la narración y a la libertad de creación artística del autor y pueden no ser plenamente fidedignos. (*N. del E.*)



## *El juicio*

LOS TRES ACUSADOS ESTÁN sentados en el banquillo detrás de una mampara de grueso cristal. Los dos vascos tienen la tez tostada por el sol, mientras que la piel del irlandés es blancuzca y pálida, como si hubiera pasado poco tiempo al aire libre en su vida. El irlandés y uno de los vascos llevan traje oscuro, camisa y corbata, y el segundo vasco, Uriarte, va vestido con atuendo más informal, con una chaqueta azul de espiga y una camisa con el cuello abierto. O'Brien mira ante sí, o dirige los ojos hacia sus manos, evitando la mirada del juez o de los miembros del jurado, y en su rostro hay una expresión de paciente resignación. ¿Acaso un irlandés puede esperar justicia de un tribunal británico? El vasco del traje mira también hacia un punto indistinto a cierta distancia de él con ojos desprovistos de expresión. Su compañero Uriarte, el de la camisa abierta, estudia con aire de divertida curiosidad al juez y a los letrados con sus pelucas y sus togas, como si fueran

figuras del museo de Madame Tussauds o de la Mazmorra de la Torre de Londres.

El secretario del tribunal da lectura a los delitos que se les imputan. Fergal O'Brien, Juan Uriarte y Asier Etchevarren son acusados de conjura criminal con el fin de causar una explosión destinada a cobrarse vidas humanas.

El fiscal jefe se incorpora para dar inicio a su alegato.

—Quedará acreditado —habla dirigiéndose al jurado— que dos de los tres encausados han estado relacionados con grupos terroristas. Fergal O'Brien ha sido miembro del IRA Provisional y actualmente tiene tratos con miembros del IRA Auténtico, mientras que Asier Etchevarren —tropieza en la pronunciación del nombre— ha sido miembro de la organización separatista vasca ETA. Un alto oficial de la Garda irlandesa y otro de la Guardia Civil española nos confirmarán la pertenencia efectiva de los dos acusados a dichos grupos terroristas, pero la prueba concluyente de la conjura criminal para cometer el delito del que se les acusa será aportada por un miembro de la Policía de la Rama Especial de Scotland Yard.

»Este oficial de Policía explicará cómo el Servicio de Inteligencia, el MI5, informó a la Rama Especial de que O'Brien, quien tenía su domicilio en Dublín, se preparaba a venir a Londres para tratar de hacerse con un gas tóxico. Este oficial se hizo pasar por químico y aseguró estar en condiciones de vendérselo. Un confidente de la policía, miembro de la comunidad irlandesa en Londres, le presentó a O'Brien, quien por su parte concertó una cita con los dos vascos en la taberna Elgin, sita en Ladbroke Grove, en la parte oeste de Londres. El oficial llevaba ocultos en la solapa de su chaqueta un micrófono y un transmisor. Las preguntas que le hicieron los dos vascos fueron grabadas por otro policía que se hallaba en una furgoneta estacionada muy cerca de allí. Los miembros del jurado se entera-

rán de cómo los vascos quisieron informarse de las características y efectos del sarín y del VX, del mecanismo preciso para vaporizar los gases y de las cantidades necesarias para poder matar a varios cientos de personas en un espacio cerrado, como podría ser el edificio del Parlamento en Westminster o el de las Cortes españolas.

»Miembros del jurado —prosigue el fiscal—, es posible que estén cansados de oír hablar de armas de destrucción masiva, y tengan dudas de que existan de verdad, sea en Oriente Próximo o en cualquier otro lugar. Pero que no haya ni un asomo de duda sobre esto: independientemente de que se encuentre o no sarín ahora en Oriente Próximo, el Gobierno iraquí lo utilizó junto al gas mostaza, y probablemente también con el VX, contra insurgentes kurdos en 1988, y hace apenas diez años el sarín fue empleado en un ataque terrorista perpetrado en el metro de Tokio por Aum Shinrikyo, una secta cuyo propósito declarado era adelantar por la fuerza el fin del mundo.

»Seguramente sabrán ustedes que este bárbaro atentado afectó a más de cinco mil personas, aunque afortunadamente sólo mató a doce de ellas. Este número relativamente reducido de víctimas no se debió a la falta de efectos del sarín, sino más bien a la incompetencia de los terroristas japoneses, que se contentaron con dejar encima de los asientos del vagón del metro envases de sarín líquido que habían agujereado previamente. Si hubieran dispersado el gas con aerosoles, el resultado habría sido totalmente diferente. Y este Ministerio Fiscal sostendrá y probará, miembros del jurado, que los dos vascos del grupo de acusados estaban al tanto de este extremo, ya que preguntaron expresamente al oficial de Policía, a quien creían químico, cómo se podía vaporizar el gas y qué efectos tendría dicha vaporización en un espacio cerrado.

»¿Y cuál sería dicho efecto, miembros del jurado? El gas sarín es una sustancia que ataca el sistema nervioso y provoca una

estimulación excesiva de los músculos y de los órganos vitales del cuerpo. En dosis suficientes, el sarín paraliza los músculos que rodean los pulmones. Bastan cien miligramos, una simple gota del gas, para que en breves minutos se produzca la muerte por asfixia. El sarín es quinientas veces más tóxico que el cianuro. Y una pequeña parte de una gota es suficiente para causar la muerte casi instantáneamente.

El oficial de Policía toma asiento en el banquillo de testigos. Su rostro posee los marcados rasgos propios de los irlandeses de Londres, con un fuerte parecido a los del acusado O'Brien. El fiscal le hace preguntas precisas sobre lo que sucedió aquella noche de sábado de hace seis meses. A continuación le toca contrainterrogar al letrado de O'Brien:

—¿Hubo acaso prueba alguna que haya sido presentada a la Rama Especial o al Servicio de Inteligencia que indicase que mi representado haya estado implicado o haya cometido cualesquiera actos terroristas con posterioridad al Acuerdo de Viernes Santo y el alto el fuego decretado por el IRA?

—No.

—¿Y no es más cierto que el señor O'Brien le hizo saber que estaba montando una estafa y que, desconociendo que usted era policía, propuso darle una parte de las ganancias derivadas del timo que pensaba cometer?

—No es cierto.

Se levanta en ese momento un tercer abogado.

—¿No es más cierto que mi cliente, Juan Uriarte, le preguntó cuánta cantidad de gas sería necesaria para causar la muerte a todos los miembros de un Parlamento nacional?

—Así es.

—¿No inquirió también sobre el efecto del gas venenoso si se lo liberaba en la atmósfera?

—Sí que me lo preguntó.

—¿Y no es acaso verdad que *en ningún momento durante las preguntas que le dirigió*, el señor Uriarte afirmó que tenía el propósito de usar el gas para matar personas?

—En toda la investigación efectuada queda implícito...

El letrado interrumpe al oficial de Policía.

—Responda por favor con un sí o un no. ¿Hizo Juan Uriarte cualquier referencia al destino que quería dar al gas nervioso?

—No.



## *La prensa*

EL ASUNTO «LA CORONA contra O'Brien» y sus cómplices ha despertado la curiosidad de la opinión pública. En el primer día de la vista había furgonetas con antenas parabólicas estacionadas en el exterior de Old Bailey, y periodistas que hablaban ante cámaras de video al hombro. Dentro de la sala 4 del tribunal se encontraban unos doce reporteros sentados en el banco de la prensa, que garrapearon afanosamente en sus cuadernos de notas. Pero a medida que pasan los días el interés comienza a menguar. Es como si el terrorismo mantuviese la atención de la prensa sólo cuando hay fanáticos islamistas de por medio. El público británico está ya ahído de noticias del IRA, y ETA nunca ha despertado el menor asomo de interés. Las furgonetas y las cámaras desaparecen de Old Bailey, y el número de periodistas en el banco de prensa disminuye de día en día. Al final de la semana sólo quedan cuatro de ellos en la sala 4: tres son de diarios nacionales de probada y reconocida solvencia,

dos hombres maduros y una mujer de unos treinta y poco años, y el cuarto es un joven que les ha dicho a sus colegas que informa sobre el juicio para la revista *The Law Review*.

Al principio, los cuatro se iban a comer cada uno por su lado a la hora del almuerzo, un bocadillo en forma de rollito en Pret A Manger, un bocadillo en EAT o, los dos hombres de edad madura, una pinta de cerveza y una salchicha en el pub Almoner's Arms. Al cuarto día del juicio los dos periodistas más jóvenes coinciden por azar en el mismo bar en Carter Lane y, ya que se conocen de vista por haber coincidido en el tribunal, se sientan en la misma mesa a almorzar. El joven es unos años mayor que la chica, pero parece menos seguro de sí mismo. Lleva el pelo corto y bien peinado, tiene altos pómulos y ojos azules. El traje gris que lleva lo ha comprado en una tienda con sucursales en todo el país, su camisa es de color blanco y la corbata luce rayas diagonales rojas y azules. La joven lleva puesta una falda verde, un top color mostaza, una rebeca beige de cachemir y botas de ante marrones encima de los leotardos.

—¿Por qué le interesa a *The Law Review* el asunto? —pregunta la chica mientras mira su rollito con un mohín como de sospecha.

—Se plantean cuestiones jurídicas sobre cuál es el tribunal competente y cómo se aplica la nueva legislación antiterrorista —responde el joven, que a su vez le pregunta—: ¿Y cómo es que su periódico sigue informando sobre el juicio?

Ella se encoge de hombros.

—Lo ignoro. A lo mejor lo hacen para tenerme ocupada en algo —su boca está llena de bocadillo enrollado y las palabras le salen mutiladas de la boca—. Hubiera habido mayor interés —añade cuando ha tragado lo que estaba masticando— si los acusados no fueran todos extranjeros.

—El delito se cometió en Gran Bretaña, nuestros tribunales son competentes.

—Y por eso el contribuyente británico es el que está obligado a correr con todos los gastos.

El joven asiente:

—Sí.

—¿La minuta del abogado de la defensa la paga el turno de oficio?

—Estoy casi seguro.

—Quizás escriba un artículo sobre el tema. Por qué nos toca a nosotros apoquinar las minutas de abogados y procuradores de los tribunales para que defiendan a extranjeros cuya intención es cometer delitos en otros países.

El joven frunce el ceño.

—Cabe esperar que otros países lleven ante los tribunales a terroristas deseosos de cometer atentados en el Reino Unido.

Caminan de vuelta al edificio de la Audiencia.

—Me llamo Kate Ramsey —dice la chica.

—David Kotovski.

Pasan por los controles de seguridad y regresan a la sala de vistas número 4.



## *Cuarto día*

EL ABOGADO DE O'BRIEN se incorpora para defender a su patrocinado. Es un hombre rubicundo y apacible de florida cara. Se lanza inmediatamente a disipar el desabrido ambiente que hasta ese momento había reinado en el tribunal.

—*Por supuesto* que el gas nervioso es algo espantoso, y no me cabe duda alguna de que sería muy grave si alguien fuera responsable de que cayese en manos de una persona que tuviera ánimo de emplearlo para matar a gente inocente. Pero lo que O'Brien va a testificar ante el tribunal es que no tenía *la más mínima intención* de vender el gas nervioso a los terroristas de ETA. Su plan era muy sencillo: estafar a dos vascos sumamente ingenuos, y sacar una buena tajada.

O'Brien es convocado al banquillo de testigos. Habla bajo y su acento irlandés es tan fuerte que el juez le pide a menudo que repita lo que ha dicho para que el jurado lo entienda bien. Reconoce

ante su letrado que fue miembro de la Rama Provisional del IRA en los años 90 y que estuvo «tangencialmente» (ése es el término que le sugiere su letrado) metido en la venta de armas y explosivos a la organización separatista vasca ETA. Pero abandonó toda actividad terrorista cuando se firmó el Acuerdo de Viernes Santo. Afirma, haciéndose eco de la afirmación de su representante legal, que está «fuera de la película». Ahora se gana la vida en Dublín trabajando de albañil en la construcción. Y cuando visita Londres se aloja en casa de su hermana en Queen's Park.

¿Por qué había ido pues a Londres claramente para procurarse gas nervioso? Seis meses antes había recibido una llamada telefónica en su casa de Dublín del primer acusado, Asier Etchevarren, con el que había tenido trato antes del Acuerdo de Viernes Santo. Etchevarren le dice que tiene una propuesta de negocio. O'Brien accede a reunirse con él en Londres. ¿Por qué?

—Hombre, me parecía adecuado acceder por pura cortesía.

—Pero ¿por qué en Londres?

—Porque sería más seguro verse aquí que en Dublín.

—¿Más seguro?

—Estaríamos más tranquilos.

Se vieron en la taberna Elgin en Ladbroke Grove. Etchevarren le dijo que su misión era la misma que ya había efectuado antes. Preguntó a O'Brien si el IRA tenía modo de aprovisionarse de gas nervioso. O'Brien le respondió que haría averiguaciones.

—¿Cómo es que le dijo eso? —le pregunta el abogado.

—Lo dije para ganar tiempo.

—¿Y qué descubrió durante sus averiguaciones?

—Que el viaje de compras del caballero no había sido autorizado por nuestros amigos españoles. Iba por libre.

—¿Le dijo que estaba usted al tanto de esta circunstancia?

—No.

—¿Me puede decir la razón?

—Verá, pensé que no haría daño a nadie si conseguía embolsarme el dinero que llevase encima.

—Dicho en otras palabras, vio usted la posibilidad de tenderle un cebo y montar lo que se conoce comúnmente como un «timo», con el fin de desplumarle?

—Efectivamente, su señoría. —O'Brien se gira y mira al juez—. Me temo que eso es lo que yo tenía planeado: un timo.

El juez anota la palabra en su cuaderno con un leve fruncido de cejas.

La luz es artificial y el aire acondicionado entra soplando por unas rejillas rectangulares de ventilación en el techo. En el ambiente flota un evanescente olor a papel, plástico y ropa. Otro letrado perora de pie ante el jurado, con aparente convicción, asegurando que su cliente, Juan Uriarte, no es un terrorista. Todo lo contrario, se trata de un hombre que ha entregado su vida a ayudar a los demás, como queda atestiguado por el último empleo que ocupa, que es el de integrante, con un alto cargo, del servicio católico de ayuda al refugiado Misericordia Internacional. El director de esta institución ha viajado de Roma a Londres para dar testimonio en apoyo de esta afirmación. Uriarte lleva veinticinco años fuera del país que le vio nacer y del que conserva la nacionalidad. Es hombre con fuertes convicciones, aunque dichas convicciones no tengan absolutamente ninguna relación con el movimiento separatista vasco. El único afán del señor Uriarte ha sido siempre el de mejorar las condiciones de vida de los hombres y mujeres más oprimidos, pobres y olvidados del planeta.

El abogado hace entonces una pregunta retórica:

—¿Cómo resulta entonces que el señor Uriarte aparece por Londres en compañía de un antiguo miembro de ETA con el propósito de hacerse con gas nervioso? El señor Uriarte no niega esta circunstancia. No niega que la grabación que ha escuchado este tribunal, y cuya transcripción obra en poder de los miembros del jurado, sea otra cosa que un fiel reflejo, fragmentario pero auténtico y no manipulado, de la charla que mantuvo con los otros dos acusados. Vino a Londres para adquirir gas nervioso. Lo que *sí niega* tajantemente, en cambio, miembros del jurado, es que le animase intención alguna de utilizarlo para quitar la vida a seres humanos.

»Para entender qué propósito le animaba, miembros del jurado, debemos viajar con nuestra imaginación a una región de Sudán occidental que lleva el nombre de Darfur, que es donde el señor Uriarte lleva trabajando los cuatro últimos años. Sabrán ustedes que en dicha región se está librando, hace ya muchos años, una cruel guerra civil entre los habitantes de esta zona y el Gobierno central de Sudán. Habrán seguramente leído artículos e informes en la prensa, por no hablar de las imágenes y reportajes en televisión, sobre la lamentable situación que viven los civiles, sobre todo las mujeres y los niños, que son las víctimas inocentes de esta guerra. Habrán leído cómo las milicias árabes han masacrado a civiles desarmados, y estarán al tanto de la insignificancia de los esfuerzos que el concierto de naciones ha hecho para protegerles. Miembros del jurado, oirán ustedes testimonio de expertos, grandes conocedores de la situación, que les relatarán las reservas de la comunidad internacional a la hora de intervenir; están en juego los intereses de la República Popular de China, porque el Gobierno sudanés les vende petróleo, y también los de los Estados Unidos, que desea contar con la cooperación del Gobierno de Sudán en la

guerra contra el terrorismo. Y cuando hayan escuchado estos testimonios, podrán empezar a hacerse una idea de los sentimientos del acusado, el señor Uriarte, que ha sido testigo de las atrocidades cometidas contra las personas que estaban bajo su cuidado. El señor Uriarte les hablará de cómo él mismo y sus superiores han presentado múltiples solicitudes pidiendo más protección tanto a los observadores de la Unión Africana, como a las Naciones Unidas, a través de la sede central de Misericordia en Roma, así como mediante diversos Gobiernos de países occidentales. Todo en vano. Y entenderán ustedes cómo, llevado por *la desesperación*, llegó al convencimiento de que son los mismos refugiados los que han de defenderse de los ataques que sufren. ¿Pero cómo? Los hombres de Darfur, o están ya muertos o se han echado a los montes vecinos. Casi todos los refugiados son niños y mujeres, manifiestamente incapaces de manejar y disparar un Kalashnikov, o de hacer uso de un mortero, si estuvieran en posesión de estas armas. No, no se trataba de que los refugiados se defendiesen ellos mismos utilizando armas convencionales. El mejor método, *la única manera eficaz* de conseguir esto era *la disuasión*. Si se corriese la voz de que los refugiados tenían a su disposición, no armas ni explosivos, sino algo más sencillo, aunque mucho más mortífero, como es el gas nervioso, cesarían los ataques a los campos de refugiados.

»¿Cómo obtener gas nervioso? Huelga decir que, manifiestamente, el señor Uriarte no podía comprarlo a través de Misericordia International; sus superiores nunca hubieran dado el visto bueno a un plan tan atrevido. No tenía más remedio que comprarlo por vías no oficiales: ¿pero cómo? Uno puede informarse cumplidamente sobre este gas consultando información en Internet, pero lo que no resulta posible es adquirirlo en la red. Si el señor Uriarte quería hacerse con el gas, tendría que recurrir a canales mucho más irregulares.

»Verán, tal como oirán en jornadas posteriores de este juicio, el señor Uriarte ha llevado una vida nada corriente y repleta de peripecias: ha sido sacerdote de la Iglesia católica, pero colgó la sotana para luchar en El Salvador con los movimientos guerrilleros de liberación. Es un hombre al que no le asustan los riesgos que suponga el pelear por una causa que él estime justa. Se dio cuenta de que para alcanzar su objetivo tendría que pactar con el diablo. Cuando hablo del diablo me refiero a un terrorista que pudiera facilitarle lo que él buscaba. Pero habían pasado muchos años desde sus luchas en la selva de América Central, y sus antiguos *compañeros* se habían dispersado hacía muchísimo tiempo. Pero se había enterado de que un amigo de infancia en España, Asier Etchevarren, era firme partidario de la causa independentista de Euskadi y de que tenía tratos con ETA.

»El señor Uriarte tomó un avión a Bilbao, llamó por teléfono a Etchevarren y le fue a ver a su casa. Le contó a su amigo lo que buscaba, y le dijo por qué. Etchevarren accedió a realizar algunas averiguaciones y le comunicó al señor Uriarte, una semana después, que en Dublín había alguien que podría saber cómo obtener el sarín. Volaron a Londres y se reunieron con el primer acusado, el señor O'Brien, en la taberna Elgin de Ladbroke Grove. Allí, O'Brien les comunicó que conocía a un hombre que estaba en condiciones de venderles el gas nervioso, pero les advirtió de que el precio sería muy elevado. Uriarte afirmó poder reunir la cantidad exigida, y se organizó una segunda reunión en la que Uriarte y Etchevarren fueron presentados a un hombre que, sabemos ahora, era oficial de Policía infiltrado. Hubo además una tercera reunión, durante la cual se grabaron las conversaciones que el tribunal y el jurado han podido escuchar. El señor Uriarte no cuestiona la existencia de estas conversaciones, y en su debido momento explicará que las

referencias que hizo a la Cámara de los Comunes británica y a las Cortes españolas las hizo para ilustrar mejor la cantidad de gas que sería necesaria. *En ningún momento tuvo la intención de emplear el sarín o el gas VX para asesinar a civiles o incluso a miembros de las milicias árabes, los yanyawid.* En el peor de los casos sería utilizado contra el ganado o los camellos de la milicia, para demostrar el potencial disuasorio del gas, y poner fin así a las crueles incursiones contra los refugiados.